

XXXIII

Vieron los chicos, no muchos días después, que entraba en la casa el clérigo de más exigua talla que sin duda existía en toda la cristiandad, D. Ventura Gavilanes, y al punto comprendieron que era el confesor manchego solicitado por su buena madre con tanta piedad como patriotismo. Mantuviéronse los muchachos silenciosos en su habitación, mientras Doña Leandra, que ya no salía del lecho, confesaba con el cura minúsculo; y cuando su hermana Lea les dijo que muy pronto se traería el Viático, hicieron sus cálculos para la distribución del tiempo en aquella tarde, pues no podían ni querían dejar de asistir á la piadosa ceremonia en su casa, y al propio tiempo deseaban echar un vistazo á los Príncipes franceses, Aumale y Montpensier, que harían su entrada solemne en la Corte; suceso extraordinario y aparatoso que despertaba curiosidad vivísima en el vecindario de los Madriles. Pensaba Mateo que si el Señor no se retrasaba en salir de la parroquia y permanecía en la casa al tiempo preciso, sin que sobreviniera contin-

gencia dilatoria, podrían los dos hermanos alcanzar la entrada de los Príncipes, apretando el paso desde Peligros á la Era del Mico y Mala de Francia. Menos callejero y menos vivo que su hermano, Bruno había hecho también propósito de no perder la fiesta del día; pero cuando llegó el momento de traer al Señor y se llenó la casa de aquel místico, solemne, imponentísimo aparato, fué tal su aflicción y de tal modo se vió sobrecogido y dominado por el acto religioso, que se le fueron de la mente las ideas del espectáculo que á Madrid prometía tanto regocijo. Mateo, que á más de travieso y juguetón era de una sensibilidad extremada, lloró á moco y baba cuando sonaron en la escalera los toques de campanilla, y su emoción fué más intensa cuando vió entrar al sacerdote arrojando las Sagradas Formas, y oyó los graves rezos, y se le fué metiendo en el alma la hermosura del acto, así como la triste realidad de la ocasión en que se efectuaba. Pero en medio de esta grande emoción, y sin que disminuyese su pena ni amenguara el amor á su madre, iba tomando medida del tiempo hasta calcular si quedaria espacio útil entre el recogimiento de su familia y el festejo de las calles. Naturalmente, era un chiquillo: á sus años, sobre toda facultad y sentimiento domina el

irresistible estímulo de ver y apreciar las cosas humanas, de cualquier orden que sean. Parecióle á Mateo que tardaba mucho el santo Viático en salir de la casa; en cambio, Bruno, más sereno y menos impaciente, apreció, sin oír ni ver relojes, que habría tiempo para todo, siempre que no les entretuviesen...

Concluido el acto, uno y otro hermanito vieron surgir una dificultad con la cual Mateo en su irreflexión no había contado. No parecía correcto ni decoroso que los hijos de la señora viaticada se marcharan pisando los talones al cura y monaguillo; ni era cosa de ir con éstos hasta la parroquia y desfilar luego como unos pilluelos descastados y sin conducta. ¿Con qué pretexto saldrían de la casa en ocasión tan crítica, cuando su obligación filial allí les sujetaba y en torno á su madre les retenía? Nada, nada: locura era pensar en echarse fuera tan á destiempo, y en esta idea les confirmó la cara de D. Bruno, la cual vieron tan afligida, ceñuda y patética, que se exponían al más terrible de los sofiones si se aventuraban á pedir permiso para una salida. Felizmente, su madre, con suprema piedad y discreción, adivinó el conflicto en que las juveniles almas se encontraban, y llamándoles á su lado y besándoles cariñosamente, les dijo: «Chicos, yo me encuen-

tro ahora muy bien, mejor que nunca... Pueden creerme que siento un alivio ¡ay! grandísimo... ¿Y qué hacéis aquí aburridos y sin tener con quién hablar de vuestras cosas? ¿Por qué no os vais á dar una vueltecita por las calles, donde no faltará, según creo, algo que ver? Díjome el bendito Gavilanes que hoy entraban los Príncipes franceses, y como dicho por boca tan santa, parecióme el caso digno de todo respeto. Idos á verlo, bobalicones, y luego contaréis á vuestro padre y á Cristeta lo que hayáis visto.»

Con cierta expresión de envidia no bien disimulada, dió Carrasco su asentimiento á esta suelta de presos, y los chicos salieron como exhalaciones, bajando Mateo la escalera de tres en tres peldaños. Aunque Bruno aseguraba que no les faltaría tiempo, el pequeño veía tan mermado el espacio entre su curiosidad y el objeto de ella, que no pudo contenerse; y una vez en la calle, sintiendo que en los pies le nacían alas, apretó á correr, dejando atrás á su hermano, que no creía decoroso salir del habitual paso vivo de una persona regular. Jadeante llegó Mateo á lo alto de la calle de Fuencarral, donde no le permitió correr el gentío que la ocupaba. Buscó á sus amigos, que era como buscar una aguja en un pajar, y no encontran-

do caras conocidas, se acomodó en el sitio que mejor le parecía para verlo todo sin que ningún detalle se le escapara. Media hora larga hubo de esperar todavía, y por fin vió venir una polvareda, entre ella chacós y lanzas relucientes... Un rumor vivo surgía delante, corriendo por toda la masa de espectadores: «Ya vienen, ya están aquí...» Y llegaron y pasaron... visión fugaz, tránsito de comparsa teatral, que desilusionó á Mateo. Los Príncipes no tenían nada de particular ni por sus caras ni por sus uniformes, menos bonitos que los de acá: el llamado Aumale, airoso y elegante; el Montpensier, que iba á ser nuestro, delgadito y como asustado... La comitiva francesa y española, y el sin fin de coches, pasaron como un vértigo... Viéronse perfiles risueños ó graves... bigotes blancos, narices de variadas formas, y bandas azules y blancas, rojas ó de otros colores... Pasó todo, y queriendo Mateo verlo segunda vez, corrió entre manadas de ligerísimos chicuelos, cortando por calles laterales para coger la vuelta á la procesión antes de que á Palacio llegara. Mas ni aun los más veloces, que se lanzaron desempedrando calles por la Corredera y Tudescos, llegaron á tiempo de gozar segunda vez del espectáculo. Metiéndose y sacándose entre el gentío que llena-

ba la Plaza de Oriente, Mateo Carrasco, con la cara como un cangrejo, choricando sudor, dolorido de los pies, buscó caras de amigos sin resultado alguno. Halló, sí, una banda de muchachos conocidos, y agregóse á ellos determinando emplear el resto de la tarde en la inspección de las soberbias obras que se hacían en Madrid para iluminaciones, decorado de plazas, triunfales arcos y demás festejos.

Revuelta estaba toda la Villa: aquí y allí paños clavados en el suelo, y hombres subidos en luengas escaleras poniendo lonas ó percales, ó dándoles manos sobre manos de pintura. Jamás se había visto en Madrid tal profusión de ornatos: el derroche de dinero para poblar de lamparillas los improvisados monumentos, y el río de aceite que para encenderlas se preparaba, no cabían en las presunciones y cálculos de la mente humana. Lo primero que visitaron los chicos, consagrándole su atención y cierto patriótico entusiasmo, fué la obra del Buen Suceso. ¡Vaya una obra, compadrel! La raquitica y casi asquerosa fachada de la iglesia Patriarcal desaparecía bajo una construcción suntuosa: un basamento de piedra berroqueña, roto en el centro por la escalinata, sostenía seis columnas de mármol rojo con dóricos capiteles, las cuales cargaban el formidable peso de un

ático inmenso de blanca piedra de Colmenar, decorado con bajo-relieves, esculturas y flame-ros. Todo ello no pasaba de una figuración arquitectónica y académica, pues la berroqueña, el mármol rojo y la caliza de Colmenar eran de tela pintada, al modo de teatro, y el adorno escultórico era yeso, cartón ó pasta imitando mármol con admirable ilusión de verdad. Pues toda aquella máquina corpulenta, maravilla de la figuración, debía ser perfilada de luces en sus totales líneas y contornos, de modo que semejase fantástica creación de un cerebro delirante. Corriéronse de allí los mozelos por la Carrera de San Jerónimo, donde inspeccionaron lo que preparaba en su palacio el Marqués de Miraflores, y dado el *visto bueno*, bajó la cuadrilla hacia la calle de Alcalá para consagrar todo su examen y su admiración sin límites al incomparable ornato de la Inspección de Milicias, cuya ruín arquitectura había sido trocada, por la virtud de los pintados bastidores, en el más espléndido palacio gótico que podía soñar la fantasía. Esbeltas torres con elevados pináculos se alzaban en sus costados y en el centro. Lo más extraordinario de tal fábrica era que todo debía iluminarse al transparente, con lo que resultaría un efecto de ensueño, romántico poema arquitectónico, según

la feliz expresión de un cronista de aquellas soberanas fiestas. Detrás, en la eminente altura, Buenavista preparaba también un adorno espléndido. Por la virtud de las combinadas luces, cubriría el edificio su ancha faz con inmensas ringleras de topacios, rubíes, esmeraldas, amatistas, diamantes y zafiros... Pero lo que dejó á los chicos con medio palmo de boca abierta, fué lo que en el Salón del Prado estaban armando. Un mediano ejército de operarios, á las órdenes de aparejadores y arquitectos, habían levantado, y á la sazón remataban, un extenso paralelógramo de arcos muy lucidos entre Cibele y Neptuno por la parte mayor, entre la verja del Retiro y San Fermín por la menor. Los bien dispuestos palitroques representaban soles, lunas, estrellas, constelaciones, como una parodia del sistema planetario transportado del cielo á la tierra. El adorno de follaje en las armaduras inferiores completaba la espléndida visualidad de aquel mágico aparato, que una vez encendido había de ser el mayor portento que á humanos ojos pudiera ofrecerse. Discutieron los chicos entre sí, con prolija erudición, á qué género de fantásticas concepciones el tal palacio de las luces pertenecía, y unos sostenían que era chineesco, otros del orden oriental; mas los distintos pareceres concordaban en ad-

mirar el superior talento de quien ideó tanta belleza. Puede anticiparse la idea de que encendido el paralelogramo en la noche de las Velaciones, resultó de un efecto que trastornaba el sentido. Los madrileños tuvieronlo por la mayor maravilla de la iluminación, y los extranjeros declararon que no habían visto nada semejante. ¿Qué menos podía hacer España, el país del aceite?

Ya de noche encontró Mateo á sus amigos y á su hermano; continuó la inspección, el cambio de impresiones y noticias, y bastante después de la hora marcada para la cena entraron los Carrasquillos en su casa, ganándose un buen rúpice de D. Bruno, que apremiado por la obligación de asistir á una junta de los *del partido*, no podía esperar á la cena de familia y estaba cenando solo. Doña Leandra dormía: Vicente y los muchachos hablaron de los festejos y de la riqueza y suntuosidad que desplegaba Madrid en aquella ocasión de grande alborozo para todo el Reino. Cuando los chicos cenaban (y en ello, por causa del enorme trajín de aquella tarde, hicieron gala de un apetito monumental) entró Lea en el comedor muy asustada, diciendo que su madre no se movía y apenas respiraba, que sus manos estaban yertas, los ojos fijos y cuajados con ex-

presión más de muerte que de vida. Corrieron todos allá, Bruno y Mateo atragantándose por querer pasar pronto lo que tenían en la boca. Vicente, tras rápida inspección, declaró que la enferma sufría un síncope de mayor intensidad que el que le diera por la tarde, á poco de salir los chicos. Con friegas y con revulsivos brutalmente aplicados, lograron reanimar la suspensa y como amortiguada vida de Doña Leandra, y ésta, recobrando el brillo de sus ojos, se sonrió y dijo con torpe lengua: «¡Vaya con lo que me cuenta este Gavilanes!... Que todos tenemos que gritar: «¡Vivan Isabel y Franciscol!» ¡A mí con esas!... ¿Cómo he de gritar yo tal cosa, si lo que me sale de dentro... y lo que me manda el corazón es lo otro... que no vivan, sino que mueran y se les lleven los demonios... pues ellos y su casamiento son la causa de que yo esté como me veo...? Voy á deciros un secreto, hijos míos. Acercaos á mí... ¡Isabel y Franciscol!... ¿eh?... me dan de cara... No me les traigáis aquí... y si vienen, metedles debajo de la mesa...»

XXXIV

•Ya desde aquella noche fué de mal en peor la inválida señora, y ni Lea con su dulce autoridad, ni Gavilanes con su grave discurso, pudieron contener el desorden de aquella moribunda inteligencia. «Mira lo que te encargo—dijo por la mañana á la Mariternes tomándola por Lea:—en cuanto llegues á Peralvillo, lo primero que haces es enterrarme... pero ello ha de ser en el soto de Claveros, para que yo tenga sobre mi corazón todo el día las patadas de mis ovejitas... A Perantón que no deje de echar el mosto en el sombrero de Bruno, que bien tendrá cabimento de siete tinajas de las grandes... Tú te vas en la burra de la Tomasa, y yo, como alma que soy, iré... ya lo sabes, en el coche-estufa de Palacio, ese que dice Cristeta es todo de carey y nácaras; el cochero lleva en la mano la bandera de la Mancha, que es el pañal en que envolvimos á Isabel el día en que la tuve...» Una hora después, hablando con Gavilanes, en quien veía la persona de Eufrosia reducida de tamaño, le dijo: «¡Vaya unas horas de venir á casa, niña!... ¿Y dónde has de-

jado á Francisco?... Él y tú estáis un par de cañamones buenos. No levantáis media vara del suelo... ¿Le has dejado en Palacio, ó le traes metidito en el ridículo, entre algodonos...? Dios os bendiga y prospere vuestro casamiento... Pero á mí no me pidáis que os eche el grito de *viva, viva!*... Yo muero por vuestra causa, y os deseo un reinado tan chico como vuestras estaturas, y tan feo como la porquería que me has hecho, Eufrosia II, saliéndote á merendar con Terry, mientras yo descuidada platicaba de mis males con la señora monja, amiga de Cristeta... Vete de mi casa, y buen trono te dé Dios, blando como montón de cardos borriqueros... Adícs, hija: que reines y triunfes... De la boca me sale un flato... ¡ay! en él te va la maldición de tu madre... que lo es... Leandra Quijada...»

Sobre las dos de la tarde se agravó considerablemente: por mandado de Gavilanes hubo de salir Brunito en busca de Vicente y Cristeta, y Mateito corrió á la penosa encomienda de avisar á la parroquia para la Extremaunción... Volvía el chico muy afligido por la calle de Alcalá, cuando pasaron bandas militares tocando alegre música, y delante y detrás muchedumbre de paisanos con banderas, dando vivas á Isabel, á Francisco y aun al mismísimo Mont-

pensier. Los ojos y los oídos se le fueron á Mateo tras de las músicas y el corazón con ellas; mas no se atrevió á seguirías, que toda desviación del camino conducente á su casa le parecía criminal. No obstante, cogido por dos de sus compinches, los más queridos para él, no pudo eximirse de seguir un buen trecho, calle abajo, entre la regocijada turba de ociosos; contra su voluntad, los pies le bailaban, y toda la sangre se le enardecía corriendo por las venas, como una sangre que ha perdido el juicio; le zumbaban los oídos, se le encandilaban los ojos... Pero ya cerca del Carmen Calzado, pudo más el sentimiento de su obligación filial que el estímulo de jarana. «Chicos—dijo á sus amigos,—me voy... dejadme... Por Dios, dadme un estacazo para que me vaya... Mi madre se muere... adiós...»

Bruno llegó diciendo que Cristeta no podía venir: aquella noche se casaban Su Majestad y Alteza, y aunque la camarista jubilada no tenía oficial puesto en la ceremonia, era su deber personarse en Palacio desde media tarde, atenta á cualquier incumbencia que á las señoras pudiera ocurrirles. Vicente llegó poco después que Bruno, y el cabeza de familia, que no había salido en todo el día, iba sin cesar de un lado á otro de la casa, en zapatillas, esparcien-

do su pena, y colocando en cada pieza y en los pasillos suspiros sacados de lo más hondo. Llegó el médico, y en su breve visita recogió con frase lacónica todas las esperanzas que había en la casa, para llevárselas como un alquilador que retira los objetos de su pertenencia después que han prestado servicio por la estipulación y tiempo convenidos. No eran las tres y media cuando se administró á la moribunda la Extremaunción; á las cuatro se le demudó notoriamente el rostro, y su cuerpo quedó inerte y rígido, menos el brazo derecho, que movía con alguna dificultad, acariciando sucesivamente á Lea y á los chicos. Tal fué la aflicción de éstos, que D. Bruno les hizo salir de la triste alcoba. Metiéronse en su cuarto, que tenía ventana al patio, y llorando allí oyeron el restallido de cohetes en los aires como una carcajada de las nubes. En tanto Lea limpiaba el sudor frío de Doña Leandra; D. Bruno, sentado junto al lecho, humillaba su frente de *hombre público* contra la colcha rameada y el mantón de su esposa, que como suplemento de abrigo hasta la altura del seno la cubría, y Gavilanes, casi imperceptible por el lado de la pared, rezaba las oraciones de encomendar el alma. Un momento no más de lucidez y palabra inteligible tuvo la señora, y ello no duró más que el tiem-

po preciso para la expresión de estos conceptos vagos: «También os digo que os vayáis á Peralvillo por San Martín, por San Rafael... Llevaos toda mi ropa, y en el patio grande de casa la colgáis para que le dé bien el aire y el sol... y los zapatos y este pañuelo que tengo en la mano... y el dedal con que coso... y colgaréis también mis ligas y medias... y también mis anteojos, para que aquellos vidrios vean lo que aquí no ven... Toda mi ropa colgada en los aires de allá, menos la que dejo á María... Y que no se os olvide colgar también mi rosario... mi rosario... que no se os olvide... todo al aire y al sol...»

Ya no se entendió más. Minutos faltaban para las cinco, cuando creyeron que Doña Leandra no existía; pero por viva la dió Vicente. La moribunda movió los labios con mohín desdenoso. Minutos después de las cinco, ya era cadáver... la desdenosa expresión se hizo más notoria en la yerta boca y en el rostro amarillo. Pasado el primer espasmo de dolor, que estalló formidable en D. Bruno y en Lea, hubieron éstos de pensar en las últimas obligaciones que era forzoso cumplir... No hallándose Carrasco, por la desordenada intensidad de su pena, en disposición de tomar las medidas más apremiantes, Vicente mandó á la criada que avisase á un es-

tablecimiento próximo de servicios fúnebres, y obligó á su futuro suegro con reiteradas exhortaciones á que saliera de la estancia mortuoria. En su despacho se metió el pobre señor, y acompañado de los chicos dieron los tres rienda suelta á las manifestaciones de su angustia. Agradeciendo mucho las ofertas misericordiosas de algunas vecinas, Lea quiso ser sola en la sagrada obligación de disponer el cuerpo de su madre para ser conducida á la tierra. Hizolo con cariño y devoción, sin apartar el pensamiento de la desgraciada Eufrasia, que seguramente, de no haberse lanzado á la perdición, habría sabido cumplir aquellos últimos deberes lo mismo que su hermana los cumplía. «¡Oh —pensaba Lea, las manos en la mortaja,— dónde estará esa loca! Cuando sepa esto, ¡cómo lo ha de llorar, Dios mío! Lo llorará como hija y como pecadora, que son dos maneras de orfandad... ¡No sé qué daría yo por verla en el momento de saber que ha muerto madre, que no existe madre!...»

Poco después de anochecido llegó Milagro, que no se había enterado del suceso hasta que entró en su casa. Carrasco y él, al abrazarse silenciosos, estuvieron palmeándose en los hombros largo espacio de tiempo. Más tarde apareció Centurión sumamente afligido, y lue-

go otros amigos: retiráronse algunos á la hora de cenar anunciando que volverían á dar compañía y consuelos al viudo. Fuera de aquella casa y de otras que en circunstancias de tristeza se hallaban sin duda, la noche no convidaba ciertamente á las sensaciones fúnebres. Madrid era un ascua de oro, el ámbito del júbilo, del entusiasmo, de las cívicas esperanzas. Signo de este contento era el esplendor de las luminarias, que convertía calles y plazas en encantados paraísos de oro, fuego y piedras preciosas; signo también el chispear de los artificios pirotécnicos y las vistosas perspectivas de llamaradas, destellos y lluvias lumínicas de mil colores; signo el son alegre de las músicas y el reír de la gente que en tropel corría bulliciosa soltando también chispas, como si las almas fueran pólvora y las palabras lumbre. Todos los que llegaban á la triste casa de Carrasco, en la calle de los Peligros, traían en sus caras algo del general contento exterior, por más que quisieran poner en ellas la aflicción de rúbrica; todos traían un reflejo de la espléndida y nunca vista iluminación; algunos quizás el olor del aceite que en millones de lucecillas se quemaba, ó el tufo de la pólvora que restallaba en juguetona artillería. Cuidaban de no aludir á los festejos, y con la mejor intención del mun-

do tenían que mencionarlos. «Hubiera venido antes, mi querido Carrasco—decía uno;—pero no tiene usted idea de cómo está esa calle de Alcalá.» Y otro: «No hay menos de veinte mil personas en el crucero entre la calle y el Prado y Recoletos...» Y el estruendo de los cohetes y de las piezas pirotécnicas á la casa mortuoria llegaba como el rumor cercano de una batalla... «Parece que nos están bombardeando—decían en la fúnebre tertulia.—Pues por Palacio es tal el golpe de gente, que ha tenido que cargar la caballería para dar paso á los coches del Cuerpo Diplomático...»

De la fuerza de su pena, del no comer, del ruido quizás, se puso tan malo D. Bruno al filo de las diez de la noche, que Vicente, oficiando de médico, temió un arrebato de sangre á la cabeza. Ordenó al viudo que se acostara; lo mismo recomendaron los amigos, que ya tenían ganas de desfilar, y solo quedó Milagro á la cabecera del afligido señor. Mandado por Sancho fué Mateo á la botica de la calle del Príncipe por un par de sinapismos. ¡Pobre chico! al verse en la calle, no pudo menos de pedir licencia á su filial dolor para echar unas miraditas hacia el punto más resplandeciente de la iluminación y de los fuegos. ¡Ay! desde la esquina de Vallecas vió el gran templete que ardía, y

ruedas y espirales, y una fuente mágica, y cataratas de luz y disparos de bombas que surcando el espacio derramaban al estallar puñados de rubíes y esmeraldas; vió el humo enrojecido por las bengalas, y gozó de uno de los más espléndidos números de la función pirotécnica, que era la imitación de una aurora boreal. ¡Hasta los tejados de las casas se pusieron colorados, y el cielo todo y las personas!... Pero no podía entretenerse, y aunque una parte del alma se le iba con irresistible impulso á la contemplación de tantas maravillas, la mejor parte siguió fiel á sus deberes, y el hombre, cerrando los ojos y llenándose de dignidad, echó á correr en busca de los sinapismos.

No quiso Cristeta retirarse á su casa, concluida en Palacio la ceremonia, sin rendir á su amiga difunta el tributo de sus lágrimas. Franqueada la puerta por el sereno, entró y subió á la camarista en traje de corte, arrastrando su cola por aquellas nada limpias escaleras. Dió á Lea un abrazo apretadísimo; en el llanto y en los suspiros acompañóla, y luego rezó un rato junto al féretro, de rodillas, ajándose el vestido y descomponiéndose el escote, del cual se escapaban los mal aprisionados pellejos, que un día fueron lucidas carnes. Anunció después á todos los presentes su propósito y gusto de

velar el cadáver de su amiga en lo restante de la noche. Daría un saltito á su casa para cambiarse de ropa, y pronto estaría de vuelta. Así lo hizo, saliendo y regresando en menos de media hora, acompañada de Mateillo, que no le agradeció poco la breve excursión desde los Peligros al Caballero de Gracia y viceversa. A la vuelta de la Socobio, ya Lea tenía dispuesto el chocolate para la camarista, su sobrino D. Serafin de Socobio y D. José del Milagro. En el comedor, delante de los pocillos, á que daban guardia de honor bollos y ensaimadas, no pudo contener Cristeta su ardoroso afán de echar de sus labios un par de renglones de página histórica: «En el momento de dar el señor Patriarca la bendición nupcial á Su Majestad, marcaba el reloj de Palacio las once menos veintitrés minutos, y las once menos diez y ocho minutos eran en el momento de quedar casada con Montpensier la señora Infanta... Son datos precisos, de una exactitud matemática, como deben ser en estos casos los datos históricos. Si alguno de los que han de escribir de tan gran suceso quiere esta noticia y otras, véngase á mí, y cosas le contaré que no me agradecerá poco la posteridad... Vamos, la Reina más parecía divina que humana... dijo el sí quiero con voz muy apagada, D. Fran-

cisco con voz entera... Aumale muy gallardo su hermano siempre tan asustadico... En la comitiva de éstos viene un mulato, con el pelo como un escobillón: le llaman Alejandro Damas...»

XXXV

Tan aplicados estaban los dos oyentes al sabroso chocolate, que no prestaron la merecida atención al histórico informe. Hizo después Cristeta el elogio fúnebre de la pobre Doña Leandra, pintándola como el dechado de las cristianas virtudes, como el archivo de la discreción y de la paciencia. Para que en ella se juntaran y resumieran todas las perfecciones, había sido, desde que se inició la cuestión de los matrimonios, partidaria vehemente de Isabel y Francisco, adivinando en esta gloriosa pareja las mayores venturas para la Real familia y para la Nación... «¡Pobrecita de mi alma! ¡Cuánto nos queríamos, y qué bien congeniábamos siendo tan distintos nuestros temperamentos, ella paleta y campesina, yo cortesana hasta dejármelo de sobral... Pues como decía, y esto se lo cuento al Sr. de Milagro para

que lo haga correr por lo que llaman *círculos*, Francia está tan satisfecha de su triunfo y la Inglaterra tan corrida, que no acabará quizás el año sin que se tiren los trastos á la cabeza. Este simpatiquísimo Conde de Bresson ha metido dentro de un zapato á su competidor, el *Mister Bullwer* de la Inglaterra. A cuantos quieren oírle les dice lo mismo que ha dicho á su Gobierno: que este triunfo diplomático y casamentero es *el desquite de Waterloo*. Razón tiene, porque bien á la vista está que el apabullo de la *pérfida* ha sido de los gordos, no sólo por la gracia con que Luis Felipe nos ha colocado aquí á uno de sus hijos, sino por el casamiento de Isabel con un príncipe español que ha de colmarla de ventura, de lo que resultará nueva hornada de Reyes católicos, y una era, como dicen los periódicos, una era de prosperidades y grandezas que devolverán á este Reino su preponderancia entre los Reinos de la Europa. Ello es claro como la luz.»

Asintieron los otros lacónicamente, no queriendo Milagro meterse en discusiones con la camarista, y Doña Cristeta, infatigable y oficiosa, dijo á Lea: «Hija mía, me enfadaré contigo si ahora mismo no te acuestas. Muy fatigada estarás de tantos afanes y de las malas noches: yo velaré á tu madre... Con que te